

Mi maestro de literatura

Eufrasio Guzmán Mesa

(Colombia, 1951-v.)

Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Escritor y ensayista. Autor de varios libros y capítulos, numerosos artículos y diversas columnas periodísticas.



Resumen

Jorge Alberto Naranjo Mesa tuvo muchos frentes de acción a la vez. Esta revista reseña algunos. En su caso, ser humano consistía en emprender labores incansablemente, en una serie innumerable de horizontes. Personalmente, quiero indicar algunos que se destacan por su contenido de vida, y hablo desde la cercanía de ser mi maestro de literatura más notable, por ejemplo, y quiero reflexionar sobre cómo se inició en esa labor de educador, de qué manera la entendió y su visión de la educación y de la universidad; también deseo mirar no tanto su labor como científico, pues pueden ponderar mejor otros su valor, si no el modo como se acercó a la literatura antioqueña y la relación con el sentido de la cultura que tiene y, en especial, por el significado relevante que le asignó en su visión de la identidad de la sociedad antioqueña.

Palabras clave

Autoconocimiento, escritura, Jorge Alberto Naranjo Mesa, literatura, política, política del espíritu, ser maestro.

Cada generación, sin duda, se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero su tarea quizá sea aún más grande. Consiste en impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida, en la que se mezclan las revoluciones frustradas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; cuando poderes mediocres pueden destruirlo todo, pero ya no saben convencer; cuando la inteligencia se ha rebajado hasta convertirse en criada del odio y la opresión, esta generación ha tenido, en sí misma y alrededor de sí misma, que restaurar, a partir de sus negaciones, un poco de lo que hace digno el vivir y el morir

Albert Camus, al recibir el Premio Nobel de Literatura (1959)

Ser maestro

Lo primero que salta a mi perspectiva es la pasión por las múltiples formas del conocimiento, indisolublemente unida a una clara idea de libertad y autodeterminación, es decir, al precioso impulso que reside en la autonomía y el esfuerzo autodidáctico. El autodidacta es, en un sentido esencial, maestro de sí mismo, dueño y preceptor de sus propias curiosidades, y si bien reconoce el espacio de la academia y de las instituciones como uno de los entornos naturales para moverse, los habita de una manera propia, soberana y singular. En el solo paso por la Universidad Nacional, Sede Medellín, se observa eso. Al inicio de su carrera como ingeniero civil es instructor de sus propios compañeros, luego comienza labores en el área de humanidades y, por decisión personal y aceptación institucional, entra al espacio de las ciencias, las matemáticas y las ingenierías.

En el curso de una vida escolar, en sus diferentes etapas de formación, solemos encontrar una diversidad de profesores y algunos maestros. La palabra maestro posee una dignidad que no tienen otras. Y hay una anécdota que refiere el historiador Carlos Fisas (1999). Se trataba de una discusión entre un ministro del trabajo del régimen franquista y un profesor, rector de la Universidad Complutense, sobre la importancia

del latín. Esta lengua, aparentemente muerta, igual que el griego, nos permite explorar en las etimologías. La expresión maestro proviene del término *magister* que está vinculada al adjetivo *magis*, que significa *más o más que*. El maestro lo ubicamos o definimos como aquel que se destaca o está por encima de los demás, por sus conocimientos y habilidades o por sus capacidades de generar actitudes cognitivas en sus alumnos. La palabra ministro se deriva del término *minister*, que está en relación con el adjetivo *minus*, que nombra *menos o menos que*. Y ese es el núcleo de la respuesta del rector al ministro franquista: el *minister* es el sirviente o el subordinado cuyas habilidades son mínimas. Cualquiera puede ser ministro, de acuerdo con las coyunturas del poder, más para ser maestro es necesaria una trayectoria sólida en el conocimiento, un amor por transmitirlo y una habilidad vinculada al Eros del conocimiento. Jorge Alberto Naranjo era un maestro en ese sentido esencial del término, pues era capaz de despertar la pasión cognitiva; vivía en ella de manera permanente.

Una clara expresión de esa permanencia en la pasión cognitiva fue su relación con la academia. Estaba dotado de una vigorosa personalidad, que se manifestó como rebeldía que emanaba de una conciencia, de su capacidad de lograr metas de manera autónoma, ser primero que todo maestro de sí mismo, conducirse y educarse antes de emprender la aventura de ser un investigador reconocido. Las fases incluyeron el autodidactismo, el trazarse metas propias y el jugar con disciplinas, autores y enfoques. Se trataba de una pasión que convierte el trabajo en alegría y el estudio en vocación:

Es un lugar común afirmar que el trabajo es castigo, condena que se impuso a los hombres desde cuando el paraíso se tornó valle de lágrimas. Pero se trata de un profundo error filosófico, con lesivas consecuencias para el bien común. Lo que se constata, por el contrario, al examinar la vida de los hombres creadores, es una enorme alegría puesta en el trabajo, una alianza perseverante del deseo con la acción (Naranjo, 2019, p. 57).

Esa conciencia de sí pudo haberla leído en Kafka y en el reconocimiento de una obra que está marcada por la independencia y el ser, respuesta a retos propios que incluían no seguir el camino del padre, vivir la propia academia de manera personal y convertirse, sin terminar la carrera de ingeniero civil, en maestro de sus compañeros.

Cuando conocí a Jorge como profesor de literatura, en el programa de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana, al comienzo de los años setenta, tenía la edad promedio de sus alumnos, y ya en la Facultad de Minas, y gracias a sus desarrollos en el conocimiento, había logrado ser maestro de sus propios compañeros de clase. Una anécdota ilustra ese camino de la docencia. Esta manera rebelde de vivir a su propio ritmo no le dejó de ocasionar dificultades y exclusiones que padeció con estoicismo. En alguna ocasión, en medio de los baches de una dedicación al conocimiento, que no era compensada con estabilidad laboral, debió destinar los dineros de un primer automóvil para dotar de sillas y elementos el aula que improvisó en el parqueadero de su apartamento.

Esa independencia y autonomía como intelectual e investigador lo lleva a construir una visión de la institución educativa, del proceso educativo y de la universidad en Antioquia, en particular por los años setenta, cuando estábamos viviendo un momento de confrontación con los modelos que se nos querían imponer, como el Plan Atcon para la educación, que fue una actualización de la Misión Currie y su propuesta de desarrollo económico, que incluía la privatización de la educación desde mediados del siglo pasado. Esa propuesta de Currie era una concepción para la economía, tal como la concebía la derecha católica y extremadamente conservadora de Laureano Gómez, y él, al igual que muchos intelectuales y activistas, reaccionó frente a esa intromisión y frente a la lentitud de la academia para responder a los retos de la formación con un conjunto de escritos; algunos de ellos se hicieron en el anonimato, con el nombre de Juan sin Miedo.

Fueron años de fragor en la lucha en la calle y en el terreno ideológico, enmarcados dentro de los procesos de la Guerra Fría y rodeados desde el Estatuto de Seguridad; una manera de coartar la libertad de pensamiento y expresión, y de que la política del Departamento de Estado de Estados Unidos intentara controlar lo que ellos consideraban el desarrollo de los procesos revolucionarios. De esta manera, se llevaba a la universidad hacia unos modelos que eran el preludio de lo que ahora conocemos como el capitalismo cognitivo. Las pretensiones imperiales de Estados Unidos han marcado la historia de América Latina, y no cesa su esfuerzo por convertirla en su patio trasero y apoderarse de sus riquezas materiales, de subsuelo y naturales y reducir a sus pueblos a proveedores de mano de obra barata; por ello, se insistía en una educación sin pretensiones científicas, destinada a formar, a lo sumo, técnicos. Tuvieron mucho de fragor en la lucha, en el tren ideológico y cultural, no solo las protestas por mejores condiciones sociales y económicas en la calle, sino, sobre todo, el esfuerzo por el desarrollo científico dentro de la universidad colombiana.

En nuestra nación es frecuente que lo urgente le quite peso a lo importante, y en los años setenta era ya clara la carencia de una política nacional de ciencias duras como paso fundamental para la construcción de una nación sólida en producción y generación de valor agregado. Independiente de la polarización habitual, deberíamos tener metas comunes a los gobiernos y los partidos y de importancia para toda la nación. Metas comunes de fondo son las políticas de Estado. La equidad, la salud y la educación para todos son básicas y aquí en Colombia son una ilusión apenas, un sueño. Había una grave ausencia de sólidas políticas educativas, de salud, educación y acceso a los bienes más significativos del mundo contemporáneo, en una sociedad justa y desarrollada eso debería ser el pan de cada día, tal como pensaban Descartes o Hobbes hace varios siglos. No nos podíamos resignar a una Colombia atrasada en todos esos aspectos; tan preocupante como el déficit social de esos bienes es la carencia nacional de conocimiento e información de alta calidad.

Los medios de comunicación, controlados por empresas privadas, muchas de ellas transnacionales y también voraces, proveen mucha información de baja utilidad pública, a veces perversa e interesada y al servicio de grupos económicos que ejercen a escala mundial un egoísmo destructivo. Deficiencia nacional de ciencia y tecnología se expresaba en limitados recursos económicos y se demostraba en el pobre espacio en los medios para la divulgación, limitada circulación o incluso inexistencia de revistas de ciencia y tecnología de alta calidad y circulación nacional; exiguas separatas en los grandes periódicos, pocas revistas universitarias sobre el tema, apenas unas páginas en la prensa universitaria casi doméstica son pruebas adicionales de una carencia que nos desorientaba en el punto central: Colombia es una nación que no ha tenido claro el papel de la ciencia, la tecnología y la innovación para superar la dependencia y, con autonomía, trazar su futuro.

Protuberantes atrasos en materia de ciencias puras y aplicadas, tecnologías y conocimientos actualizados, nos tienen y nos tenían peleando por la tierra. Y la tierra sola no produce nada, tierra sin tecnología es casi desierto seguro; el trabajo solo apenas logra el milagro cotidiano de la supervivencia; esa es la magia que nuestros campesinos llevan siglos realizando, de eso se sobrevive, pero no superaremos los mínimos que tampoco tenemos cubiertos. Un porcentaje muy alto de la población padece hambre en un territorio lleno de sol y agua, pero sin conocimientos productivos.

En todo el mundo se está produciendo ciencia y tecnología para el progreso, y aquí somos la patria boba que sigue discutiendo leyes y protocolos mientras el control mundial sobre conocimientos y riqueza crece ante la mirada complaciente de los gobiernos de las naciones desarrolladas. Los monopolios de información, ciencia y tecnología se expanden, las patentes son la barrera efectiva para el acceso y quedamos rezagados en nuestra capacidad de crear e innovar. Los poderosos acaparan ciencia, tecnología e innovación y nosotros creemos que la clave es una industrialización de recorta y pega y un desarrollo agropecuario manual y parcial-

mente ignorante de lo que lo hace productivo y eficiente. Por eso era urgente una política de ciencia y tecnología, no como paño de agua tibia, sino como política de Estado, igual que en otros países europeos y asiáticos que entendieron eso desde el siglo XIX. Ese desarrollo de los conocimientos era urgente, pues de lo contrario íbamos a seguir peleando por cómo salir de la pobreza cuando la ciencia y la tecnología mostraron el camino hace ya más de dos siglos. Producir conocimientos de alta calidad es vital y similar a la importancia de la salud y la educación para todos. Eso lo comprendió JORGE ALBERTO de manera intuitiva y expresa.

En materia educativa nos hicimos sensibles a otro mundo, a otra perspectiva, a otros horizontes. Tuvimos una utopía vigorosa con la generalización de la Justicia, con la profundización de la Libertad; todo eso se ha vuelto agua y humo, pero se puede también medir el progreso de las sociedades y la consolidación del pluralismo y la democracia; creo que no hay otro pensamiento político de NARANJO diferente a la decisión de usar todas las energías vitales para lograr el conocimiento, la perfección y la excelencia. Una idea como esta solamente es posible tenerla si existe contacto con la música como armonía del espíritu, y la política del espíritu como la mejor para el crecimiento personal en las tareas asumidas. Si hay algo que cruzó su vida fue la música, presente desde su juventud hasta los últimos años en los cuales estuve cerca de él y vi cómo se había convertido en el tejido de su supervivencia; pero no fue solamente el sobrevivir, fue siempre el vivir en la música como una dimensión íntima y formativa, que le da división al alma humana; por ello, la definición de música de los griegos es atinada, música significa darle forma al alma; y vaya que con él estamos frente a un ser que vivió la vida en tono musical, sin que hubiera sido igual el ritmo, la melodía o el género.

De allí su rechazo a la política. “Mi indiferencia política es tan vieja como mi uso de razón, pero se acendró gracias a las desilusiones de Mayo del 68”. Desde siempre se dedicó a buscar la patria en los sueños, con sus propios recursos, en sus estudiantes y colegas, en la biblioteca y el laboratorio.

Mucho se ha discurrido sobre este tema y las posiciones pueden llegar a ser irreconciliables. Lo definitivo es el modo como asumimos la política en nuestra propia existencia. Existen las posiciones extremas: Nietzsche ha dicho, categóricamente, que el sentido de la vida no puede depender de lo político; pero, con seguridad, él, como estudioso de la antigüedad clásica, sabía que la palabra *idiota* era la que se aplicaba a quien no se interesaba por los asuntos públicos. Se puede vivir la vida sin ocuparse de la política, pero siempre quedará una pregunta por la supervivencia. Si vivimos en una democracia es inaceptable no participar en la vida pública, y si vivimos bajo una tiranía o un régimen injusto es moralmente inaceptable no ocuparse de los asuntos públicos, pues mi vida y la vida de mis seres queridos estarán siempre en riesgo.

Marx, en sus tesis sobre Feuerbach, da un paso muy firme al señalar que no solo se trata de interpretar el mundo, sino que también tenemos la obligación de transformarlo. Se pueden contraponer las opiniones de Nietzsche y las de Marx. La perspectiva del primero es que el arte es lo único que justifica la existencia y buscar el sentido en otro lado es un error. Pero ya sabemos que una existencia hermosa también es una dedicada al conocimiento y a las actividades del espíritu, cultivando las disciplinas humanísticas, y que hay una bella dignidad en las personas sencillas que dedican su vida a asuntos aparentemente banales, como ser una buena persona o vivir en una simpleza extrema. Estoy pensando en seres como Robert Walser, y no me quiero imaginar lo que el joven Marx hubiera dicho de su existencia dedicada a las cosas mínimas, elogiar un botón o trenzar cuerdas para atar paquetes de correo. Walser muere apaciblemente en un sanatorio y deja una inquietante obra literaria, unos aforismos sabios y profundos. Marx consideraba, como un buen romántico, que no hay cosa mayor que morir al fragor de la lucha, al calor de una existencia turbulenta, en combate contra los poderosos que perturban el logro del bien común con su egoísmo estrambótico.

Cualquier persona que abra los ojos y se informe sobre el mundo contemporáneo sabe que nuestras vidas están

siendo determinadas, en gran medida, por la existencia de un grupo no muy grande de familias o consorcios financieros, que no solo poseen casi toda la riqueza de la tierra sino que están lanzando a la humanidad a una carrera sin retorno al hacer del petróleo o el oro su fuente de ganancias. Usando el petróleo como combustible estamos destruyendo la atmósfera, y por extraer el oro se están exfoliando las selvas del planeta de una forma irreversible. Como siempre en la historia de Occidente, la cuestión es entonces: ¿qué hacer? Padecer la historia con pesimismo y dejar hacer sin intervenir pareciera una actitud que pasa de ser escéptica para acercarse a una comodidad francamente cínica. Prefiero ver el camino en una actitud vital que, sin desconocer los delicados hilos de la búsqueda del sentido y el significado de la vida, no olvide que estamos juntos en un planeta que ya sabemos no tiene una vida ilimitada, sino que esta vida maravillosa está fuertemente asediada por un egoísmo feroz que amenaza con destruir los mismos cimientos del planeta para convertirlo, ante nuestros propios ojos, en un desierto descomunal, en el cual no habrá ningún motivo para albergar esperanzas.

La literatura en el camino del autoconocimiento

Sin abandonar las discusiones filosóficas, la literatura se convirtió en el territorio de las exploraciones. Un camino por excelencia para la construcción de esa patria ya mencionada. Un territorio para vivir y renacer en el poder del espíritu, un espacio para la política del espíritu que mencionó Valéry. En un investigador e intelectual como NARANJO el interés por la literatura universal fue muy amplio; lo constatan la clara atracción por autores como Homero, Eurípides, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Shakespeare, Goethe, Cervantes o Dante, casi siempre respaldado por artículos y conferencias, cursos y libros. Estudios cuidadosos sobre Lucrecio, Epicuro y, en general, los grandes escritores del Renacimiento.

En ese panorama cumple un papel muy importante lo que fue un extraordinario capítulo de su interés por la literatura, que lo llevó a convertirse en uno de los grandes expertos en literatura antioqueña temprana.

na; esta, como registro de la cultura en la región, literatura menor con un papel muy importante en los procesos de identidad cultural, se va a reflejar en los procesos económicos, en la apropiación de la riqueza y en la expansión y movilidad social. Si observamos con cuidado, Antioquia se ha convertido en un especial pilar de la nación hasta la época actual, y el estudio de su literatura es un precedente muy importante para entender los procesos que acabo de mencionar. Según las propias palabras de Jorge Alberto, el interés por la literatura antioqueña, que va a dar lugar a una parte importante de su obra ensayística y literaria, tuvo relación con un encargo que asumió en la Facultad de Minas: la reconstrucción novelada de la Escuela de Minas. Para ello se le concedió el derecho de un año sabático, y el resultado fue la obra *La estrella de cinco picos*. Relata que ya tenía reunidos los materiales cuando se encontró que no había ganado el tono; fue cuando concentró su esfuerzo en el reconocimiento de la literatura antioqueña. Este solo hecho habla de la dimensión intelectual y estética del autor, y no deja uno de recordar labores enormes que otros grandes investigadores han hecho, como cuando Freud se interesó por *El Quijote* y eso lo llevó estudiar el castellano, para poder leer la obra en el propio lenguaje que había sido producida.

El estudio de la literatura antioqueña generó muchos frutos; aquí hay que enumerar los grandes hitos, que fueron la *Antología del temprano relato antioqueño*, la revisión de las obras de Saturnino Restrepo y lo que va a ser un estudio posterior para la obra completa de Tomás Carrasquilla, publicado por la Universidad de Antioquia. El conocimiento de la lengua de sus mayores, el conocimiento de la región y el autoconocimiento están en camino.

Es difícil el autoconocimiento. No somos capaces de vernos con la severidad que utilizamos con los otros, y esto lo consagra muy bien el dicho bíblico: “ver la paja en el ojo ajeno y desconocer la viga en el propio”. Nos engañamos sobre el curso de nuestros pensamientos y sentimientos, pues las omnipresentes crisis y los tránsitos importantes no siempre van acompañados de

una conciencia clara y duradera. Fue el pensamiento psicoanalítico, y más remotamente la propia filosofía, quienes subrayaron este carácter parcial y limitado de la conciencia. Por ello mismo, y por la complejidad de la realidad, los mitos aparecen con fuerza demoledora que neutraliza la deseable capacidad de buen juicio y conduce la mente individual y colectiva hacia el error o la adopción de teorías endebles. Además, tenemos que contar con un amor propio que es astuto y engañoso, pues nuestra vanidad es traviesa y fantasiosa; y eso sin tener en cuenta los intereses personales, que a veces actúan como lente oscuro que nos impide ver lo limitado de nuestro propio conocimiento. Reto mayor es el conocerse a sí mismo, pues en otras ocasiones es la vergüenza o la descarada soberbia la que nos impide reconocer los errores.

Es casi imposible, en muchos casos, el conocimiento de sí, pues los seres humanos estamos fascinados con las ficciones de nuestra mente; eso es mitomanía y muchas personas la defienden por décadas, lo que entraña cierta ofuscación interminable de la mente. Y a esta dificultad hay que sumarle el papel del lenguaje en el autoconocimiento. Como seres de lenguaje entendemos mucho mejor que estamos hechos de palabras, que pueden ayudar a nuestra comprensión o desviarnos. Ellas, dijo Leo Rosten, son el opio de la raza humana. Son un narcótico poderoso, un estimulante al corazón y al cerebro; pueden ser evocativas, alucinatorias o mortales, como en el anuncio que aniquila a quien lo recibe. Las palabras sirven para enseñar, comunicar y también para herir, glorificar, enardecer o degradar. Las palabras comunican almas y sociedades. Y el hondo dramatismo que entraña el deterioro del sistema nervioso aquejado de alzhéimer, o de otras deficiencias, se explica por la peste del olvido. Así se va entrando en una erosión profunda del ser.

Estas herramientas de autocomprensión, que son las palabras, requieren cautela. Las palabras que utilizamos para describirnos tienen una importancia crucial. Por ejemplo, no es igual si alguien se considera un artesano o un artista. Si elige lo primero acepta una tradición de

trabajo y sencillez. Si quiere ser artista se relaciona con unas ideas con raíces en la cultura francesa y el ideal romántico. Esta tradición piensa el proceso creativo creyendo que la inspiración existe y solo hay que recibir la visita de la ninfa sagrada. Por el contrario, opino que es valioso que el trabajador de las palabras deba estar enterado de todo lo que su gente oye, siente o piensa; tiene que ser curioso, activo y mantener una disciplina de estudio. Quien, como los poetas, desee expresar su mundo, o practicar la etnografía interior, debe saber que las palabras entrañan un peligro que se conjura con el estudio y tienen una posibilidad efectiva, acompañadas de reflexión y cuidado. Le vale mejor al escritor no tener ínfulas de artista y aceptar que su labor es humilde y persistente como la de un artesano, y no que su vida es rimbombante y grandiosa. El autoconocimiento es un logro extraordinario de los seres humanos y es un paso indiscutible en el camino hacia la sabiduría, la cual, además, tiene en el silencio un espacio privilegiado de expresión.

Y después del silencio la literatura y esos pensamientos que ella recoge. Cuando afirmamos que uno piensa, como en la célebre expresión de Descartes: “pienso, luego existo”, hay algo que se desliza y sin querer no nos expresamos con claridad. Decir que yo pienso tiene mucho de convención, pues en uno hay muchos factores que presiden la acción de pensar y el verbo pensar no incluye todos los factores inconscientes, pero le adjudicamos a un sujeto en singular lo que a veces procede de una multiplicidad de factores, muchos de ellos colectivos, de clase social o de intereses comunes. Por ello es tan valiosa la frase de Nietzsche que dice que ciertamente un pensamiento viene cuando “él quiere”. Y agrega que aun los profesionales del pensamiento, los que lo hacen de manera disciplinada y consciente, no siempre se dan cuenta de que los pensamientos llegan “como desde afuera, como desde arriba y desde abajo, constituyendo una especie particular de acontecimientos y rayos”.

Pero además de esa dimensión intempestiva habría que reconocer que hay pensamientos que vienen de mane-

ra no tan alta, como los rayos y las centellas, que hay pensamientos que llegan de subsuelos oscuros y otros que son como serpientes o batracios, como liendres o babosas, desde lo bajo de nuestros instintos o nuestras pasiones más tristes. La envidia, la pereza, el resentimiento asaltan la mente, la poseen. El mismo pensador alemán se equivoca a veces y sobre todo cuando afirma que es necesaria “una intelectualidad osada y exuberante que ande rápida y juzgue con inmediatez”. Esos pensamientos repentinos y obsesivos, que no se han rumiado, ni vuelto a pensar con cuidado, son casi siempre vehículos gratuitos de lo que Spinoza llama las pasiones tristes, el resentimiento, el odio, el orgullo herido. Por ejemplo, desde la cobardía de quienes no han emprendido cosa de fondo es muy fácil juzgar a los hombres de armas. Las armas no son, quizá, ni buenas ni malas por sí mismas, pues permiten la defensa de lo más propio y han garantizado la supervivencia de la especie en un pasado de feroz competencia con especies letales. Y decir esto es difícil en un país que necesita dejar de estar armado, pero los espíritus se arman con ideas más fieras y letales que los famosos tanques panzer de la Alemania nazi.

Pero pensar no puede ser tampoco cosa de lentitud de siglos, y hay momentos y épocas en las cuales una vacilación se vuelve un peso insoportable, una verdadera mula muerta en el camino y la marcha. Y en esto quienes defienden la idea de pensar y danzar con alegría tienen una porción enorme de razón. En nuestra nación, muchos columnistas, que tienen peso de opinión enorme, se han detenido en el mismo horizonte, vuelven una y otra vez sobre los temas y eso no está mal si intentaran otro talante, un cambio de perspectiva y una capacidad mínima de ponerse en el cuerpo del otro. Pero esto es como pedirle peras al olmo, y es por ello que vamos a seguir oyendo la misma cantaleta paranoica de que ya viene el castrochavismo, o que se recite el camino del odio y se renuncie a compartir con otros las esperanzas de una nación integral, unida en la diversidad. La fatiga lamentable hace que las mentes vuelvan una y otra vez sobre lo mismo, sin ser capaces de ver la novedad y la diferencia. Oscuro y lejano es

el camino para el entendimiento. Pero lo que aprendí de mi maestro es que no hay lugar para disimular nada, no hay manera de ocultar nada, hay que buscar en la literatura y en la escritura las cosas cercanas a nuestro dolor o nuestra alegría, y por ello el torrente de la vida es el límite, incluyendo nuestro desaliento, la desesperación humana. Y en el texto hay lugar para la expresión de toda la gama de los sentimientos y las emociones.

Escribir es afrontar el reto de los bandazos de la angustia, reconocer y reconectarnos con las fuerzas para dejar el testimonio de todo lo que pasa, la historia de un puesto en el bus y la ventanilla para abordar los territorios de nuestras posibilidades cognitivas, las gentes que contenemos en nuestro ser, el bien y el mal, el amor y la muerte, el paso de la existencia. Es la herencia que recibí de mi maestro. Y allí, en ese puesto que nos ha tocado en la vida, observar y observarse y escudriñar los hilos de nuestra propia vocación como lectores y como escritores. Tal como a su vez lo indicó Rilke (2012):

No hay más que un solo remedio: adéntrese en sí mismo. Escudriñe hasta descubrir el móvil que le impele a escribir. Averigüe si ese móvil extiende sus raíces en lo más hondo de su alma. Y, procediendo a su propia confesión, inquiete y reconozca si tendría que morir en cuanto ya no le fuere permitido escribir. Ante todo, esto: pregúntese en la hora más callada de su noche: “¿Debo yo escribir?”. Vaya cavando y ahondando en busca de una respuesta profunda. Y si es afirmativa, si usted puede ir al encuentro de tan seria pregunta con un “sí debo” firme y sencillo, entonces, conforme a esta necesidad, erija el edificio de su vida (s. p.).

Referencias

- Fisas, C. (1999). *Historias de la historia*. Planeta.
- Naranjo, J. A. (2019). *Las invenciones de mi alegría. Educación, escritura y lectura. Entrevistas*. Editorial EAFIT.
- Rilke, R. M. (2012). *Cartas a un joven poeta*. Alianza Editorial.